

Dura situación económica para el futuro Gobierno

José María Rotellar

Tras la celebración de las elecciones generales, la incertidumbre se ha apoderado del panorama político español y, con ello, también del económico. El PP ganó las elecciones, hecho que, tradicionalmente, debería permitirle formar Gobierno, ya que siempre el ganador de los comicios es quien lo ha hecho, con la excepción de la repetición electoral de 2015-2016. Entonces no se pudo formar, al rechazar el candidato ganador, Mariano Rajoy, el encargo del Rey, al no tener suficientes apoyos, y no lograrlo Sánchez, que con 90 diputados no tenía ninguna fuerza, pese al apoyo entonces, a mi juicio equivocado, de Ciudadanos. Sin embargo, desde que Sánchez entró en escena en la política española, esa regla no escrita se tambalea en función de sus intereses personales. Por tanto, nos encontramos con las mismas tres opciones que comenté en EXPANSIÓN en el artículo de la noche electoral de julio: o lista más votada, o Frankenstein, o repetición de elecciones.

En cualquier caso, y sea la opción que sea la que se imponga al final, la situación económica es dura y podrá serlo más conforme avanza el tiempo. Y lo será todavía más si las medidas que se tomen de política económica son equivocadas y persisten en el error del incremento de gasto, déficit descontrolado, deuda exponencial e impuestos cuasi confiscatorios. La situación será dura, pero puede serlo más o menos según lo acertado de las políticas que se apliquen.

La dureza de esa situación se ha mantenido anestesiada durante mucho tiempo, muchos, muchísimos meses, por no decir algún que otro año, debido, primero, a la situación de gasto derivado de la pandemia; después, a los fondos procedentes de la UE –extraídos también de todos los contribuyentes, recordemos–; y por último, al ahorro acumulado de las familias durante los tiempos del coronavirus, que permitió que el consumo, durante mucho tiempo, no se debilitase tanto como lo habría hecho sin esos ahorros extraordinarios a consecuencia de la situación inflacionista actual.

El hecho es que, pese a que el Gobierno de Sánchez, ahora en funciones, lleva meses vendiendo las bonanzas de la economía, retorciendo la realidad, lo cierto es que la situación es mala aunque, insisto, todavía no se perciba del todo. No hay nada como darse un paseo por cualquier ciudad para observar el amplio número de comercios y negocios que han cerrado definitivamente ante la asfixia crediticia, el incremento de costes laborales y la inflación.

Así, la cifra de negocios empresarial cae con fuerza en junio, un 1,2% en tasa mensual, que en términos interanuales se eleva hasta el 5,8%, que

España se enfrenta a un complicado escenario económico, que aún podría serlo más si las medidas de política económica que se tomen en el futuro persisten en el error del incremento de gasto, de déficit descontrolado, deuda exponencial e impuestos cuasi confiscatorios.



Pedro Sánchez, junto a Alberto Núñez Feijóo, el pasado mes de julio.

denota el empeoramiento de expectativas. Del mismo modo, y como advierte el Banco de España en su último boletín mensual, las exportaciones españolas se debilitan, debido a la pérdida de competitividad asociada especialmente a las industrias más intensivas en la utilización de energía, donde el impacto negativo ha sido fuerte, especialmente en el segundo trimestre, como señala el antiguo banco emisor. Pérdida de competitividad que viene derivada también de la disminución de la productividad, con una desaceleración de las horas trabajadas, que en términos globales y desestacionalizados es un número total menor que en comparación con el mismo período de 2019, lo que quiere decir que no se crea empleo, sino que realmente se reparte, y que si no se destruye más se debe a no actuar con un ajuste ante la caída de la productividad.

De esta manera, si recordamos los últimos datos de la Contabilidad Nacional Trimestral, correspondientes al segundo trimestre, los datos pueden tapar la realidad económica si nos quedamos en la superficie de los mismos, pero si profundizamos, el deterioro es notable. Así, el PIB creció un 0,4% intertrimestral en el segundo trimestre, una décima menos que en el primero, con una tasa interanual que se desacelera 2,4 puntos, al pasar de un crecimiento del 4,2%

en el primer trimestre al 1,8% en el segundo. La demanda externa se hunde, debido principalmente a nuestras exportaciones, que caen un 4,1% trimestral, empeorando 9,7 puntos respecto al trimestre anterior. Las importaciones también caen y lo hacen un 1%, lo que muestra la menor renta disponible nacional. El incremento constante de costes para las empresas, debido a la ausencia de reformas del Gobierno; al aumento de los precios energéticos, y a la pérdida de competitividad hacen que nuestras empresas estén en peores condiciones para competir en el exterior. Unido a ello, comienza a notarse la pérdida de renta disponible de nuestros socios comerciales, que reducen así su consumo, dentro del cual también están sus importaciones, que son nuestras exportaciones.

El empeoramiento del sector exterior es muy preocupante porque, junto con la anestesia del gasto, es lo que ha mantenido la actividad en la economía española. Durante los últimos trimestres, el sector exterior ha sido clave en el crecimiento. Ahora que se cae, el conjunto de la economía se resentirá de manera muy acusada, más incluso que lo que se ve en este trimestre. La ralentización de la economía de nuestros principales socios comerciales es también evidente y puede empeorar, mermando así las posibilidades de crecimiento de la

El país necesita una política reformista, menos intervencionista y de control del gasto

economía española a través del sector exterior.

El sector servicios, según los datos conocidos de su indicador de actividad publicado por el INE, principal sector de nuestra economía, ve caer su cifra de negocios, que, además, empeora en más de 24 puntos respecto a la cifra de crecimiento del mismo mes del año pasado, con lo que se produce una fuerte ralentización del principal sector de la economía. Caída que también se replica en las cifras de negocios de la industria, que retroceden un 7% interanual en junio, con un comportamiento casi cuarenta puntos peor que en el mismo mes del año pasado. Descenso de la industria que ya anticipaba la contabilidad nacional trimestral –recordemos su caída del 1,6% interanual en el segundo trimestre–.

Junto a ello, la disminución del crecimiento del comercio y la hostelería, pese al rebote transitorio que pueda ocurrir en verano ante una buena campaña turística, y el freno que ha aplicado el consumo privado, son elementos que dibujan un panorama preocupante.

La creación de empresas, además, empieza a disminuir en términos mensuales, con una caída del 1,9%, al tiempo que la inversión extranjera recibida se desploma: cae un 6% intertrimestral en el primer trimestre, equivalente a 630,85 millones de euros menos, y se reciben 10.171,05 millones menos respecto al segundo trimestre de 2018. El cúmulo de medidas económicas populistas desplegadas generan incertidumbre e inseguridad, que son los peores enemigos para la prosperidad económica.

Por supuesto, todo en un clima de empobrecimiento generalizado, con una inflación que sigue creciendo mes tras mes. Pese a que la inflación haya tenido meses de una tasa interanual de crecimiento más baja, se debía, principalmente, al efecto base, ya que la comparación se hacía con niveles del año anterior que ya eran muy elevados. No obstante, en el último mes incluso se ha acelerado el incremento interanual, pese al mencionado efecto base, con lo que el alza de precios ha cobrado más vigor de nuevo, al tiempo que la inflación subyacente, la más estructural, se mantiene por encima del 6%, acelerando de nuevo su crecimiento.

De esta forma, el empobrecimiento de la economía española es notable, con incrementos de doble dígito en muchos productos, como la leche, el azúcar o el aceite, que, de hecho, en el último año han doblado o triplica-

do su precio de venta en los mercados, con el litro de aceite prácticamente instalado en los nueve euros.

Por su parte, la energía tampoco da tregua, y no la dará mientras en España se sigan ignorando todas las fuentes energéticas que se pueden emplear, empezando por la energía nuclear, que nos proporcionaría mucha más independencia energética, menor inflación y más competitividad.

Todo ello con una deuda que en el último quinquenio se ha elevado en más de 400.000 millones de euros si comparamos las notas iniciales de avance mensual emitidas por el Banco de España en el período que va de mayo de 2018 a junio de 2023 –último dato publicado– y un déficit estructural del que la Comisión Europea ha vuelto a pedir una reducción. Todo ello, junto con las turbulencias económicas internacionales –Ucrania, China, debilidad económica de la UE, situación británica... por poner unos ejemplos–, hacen que el horizonte económico siga siendo muy malo. Con este entorno de datos cada vez peores, acelerando su deterioro, aunque el tercer trimestre quede distorsionado por una buena campaña turística, se va a encontrar el próximo Gobierno, sea el que sea, en un momento en el que las reglas fiscales retornarán. Han de hacerlo, pues no se puede seguir más tiempo sin control, que sólo alimentaría un aumento todavía mayor de los desequilibrios presupuestarios y de la deuda.

Ante eso, caben dos políticas económicas: la seguida en el último quinquenio, basada en el endeudamiento y el gasto, que ha provocado que la economía española no sólo haya sido la última en recuperar los niveles previos a la pandemia, sino que la ha dejado ayuna de reformas que permitan impulsar su crecimiento de manera sostenible. O una política verdaderamente reformista, liberal clásica, que disminuya el intervencionismo, que elabore un presupuesto base cero para salvaguardar los servicios esenciales y eliminar todo el gasto que no sea necesario, que aligere de cargas tributarias a los agentes económicos, para que se dinamice la economía y se cree empleo, que recupere la seguridad jurídica y que genere certidumbre.

Aunque Sánchez revalidase su cargo, debería autoenmendarse y aplicar esta segunda opción de política económica, porque el desafío con el que España se enfrenta en materia económica –ni que decir tiene en otros aspectos– es crucial. Por supuesto, si el que logra ser investido es Feijóo debe apostar claramente por esa línea liberal clásica, porque no hay otra opción estable para la economía en el medio y largo plazo.

Profesor de Economía, Director del Observatorio Económico de la Universidad Francisco de Vitoria